

### Lenin decolonial

*Matthieu Renault*

*[La cuestión colonial ha sido poco abordada con ocasión del centenario de la Revolución rusa. Por eso nos parece de interés reproducir la introducción que el autor hace a su obra titulada L'empire de la Révolution – Lenin et les musulmans de Russie (Ed. Syllepse, París, 2017).]*

■ ¿Lo sabías? Vladimir Ilich Lenin no murió el 21 de enero de 1924, como cree todo el mundo, sino decenios más tarde. Así lo demuestra un *álbum no oficial*, descubierto recientemente, de fotos donde aparece en la frontera finlandesa en 1925 junto con su hermano gemelo, desconocido en los archivos, en México con Trotsky en 1938, o también en Cuba a finales de la década de 1950. Pero la imagen más sorprendente de todas se tomó en 1949: en ella se le ve en plena plegaria durante una peregrinación a La Meca.

Imposible, dirán algunos, pero hay otras imágenes más antiguas que lo corroboran. Lenin, cuya ascendencia nacional-étnica ha sido objeto de toda clase de especulaciones, era en realidad de origen baskirio, un pueblo seminómada que vive entre el Volga y los Urales: era, aunque solo lo fuera culturalmente, musulmán. En cuanto a su (re)conversión tardía al islam, es objeto de una profunda preocupación revolucionaria, por mucho que después de su muerte imaginaria se hubiera retirado de la arena política. En efecto, Lenin escribió un último ensayo, que lleva bajo el brazo en una foto tomada en Bagdad en 1944; el manuscrito ha desaparecido, pero su título basta para desvelar sus líneas maestras: *El islam, última esperanza de la revolución*.

#### **“Un Mahoma marxista”**

Que aquellas y aquellos que desdeñan a la llamada izquierda islámica se tranquilicen (si respetan a Lenin) o contengan su júbilo (si lo desprecian): todo esto es, evidentemente, pura ficción. Se trata de *collages* de fotos realizados en 2005 por Rinat Voligamsi, artista ruso de Ufa, la capital de la República de Baskortostan. Independientemente de las intenciones del autor, su *álbum no oficial* puede percibirse como la repetición irónica de una vieja angustia, la de ver “precipitarse a la conquista de Europa” a un “Gengis Kan proletario surgido de lo más profundo de Asia” o nada menos que a un “Mahoma marxista”, por utilizar las palabras del sulfuroso escritor italiano Curzio Malaparte. Este ya afirmaba que ese temor no era más que “el signo más claro de la decadencia de la burguesía en Occidente”, que resultaba incapaz de

## 5. FUTURO ANTERIOR

comprender que, siguiendo el ejemplo de Robespierre y tantos otros antes y después que él, Lenin no era sino la encarnación del “fanatismo pequeñoburgués” que había provocado incendios por toda Europa en el transcurso de los tres siglos precedentes.

Si todavía quedan, sin duda, individuos que consideran que la Revolución de 1917 fue la manifestación salvaje de un despotismo asiático extemporáneo, como delatarían los ojos ligeramente rasgados de Lenin, hay que constatar que semejante *orientalismo*, por fortuna, ha caído en saco roto. Veamos dos recientes biógrafos de Lenin, Lars Lih (2015) y Robert Service (2012): sus respectivas interpretaciones de la trayectoria y del pensamiento de Lenin son opuestas en casi todos los aspectos, pero comparten la tesis, o mejor dicho la premisa, de que Lenin era en lo esencial un hombre de educación europea, cuya mirada estaba enfocada totalmente a Occidente como fuente de las grandes ideas emancipadoras y foco de la futura revolución socialista. La Revolución de Octubre aparece entonces como la apoteosis de una secuencia histórica iniciada a finales del siglo XVIII, como el último gran intento de realizar los ideales, o las ilusiones, de la modernidad occidental o, al otro lado del espejo, para desviarlas, traicionarlas.

### Descentramiento revolucionario

Por mucho que este enfoque sea saludable en varios sentidos, hay un reverso de la medalla. En esta perspectiva, el mundo extraeuropeo desaparece casi íntegramente: la revolución roja se presenta como una revolución esencialmente blanca. Es cierto que se suele destacar que a comienzos de la década de 1920, Lenin operó un cambio de orientación en dirección a Asia y la *revolución en Oriente*, inaugurado por sus tesis sobre las cuestiones nacional y colonial para el II Congreso de la Internacional Comunista (IC, Comintern) en el verano de 1920. Sin embargo, generalmente no se ve en ello más que un repliegue tardío, forzado por la necesidad, tras el fracaso de las revoluciones alemana y húngara y la guerra ruso-polaca.

El interés de Lenin por las luchas de liberación nacional sería básicamente el de un extranjero por un mundo al que hasta entonces había dado la espalda y que no podía dejar de conservar su parte de misterio irreductible. En cuanto al I Congreso de los Pueblos de Oriente, celebrado en Bakú en septiembre de 1920, el aura de que goza hoy en día, entre quienes reivindicaban todavía un legado de 1917, se debe en gran medida al hecho de que se lo imaginan, no sin romanticismo, como un acto fundacional, original, fruto de una súbita *revelación*, entre los y las dirigentes bolcheviques, de que el destino de la revolución tal vez iba a decidirse en otra parte, no en el oeste, sino en el este.

Esta representación es quimérica: por un lado, en la medida en que Lenin jamás pensó que la revolución (anticolonial) en Oriente pudiera ser un sustituto, *siquiera temporal*, de la revolución (socialista) en

Europa, una y otra estaban vinculadas a través de mil hilos; por otro lado, y sobre todo, porque no habría esperado a los últimos años de su vida para prestar atención a la evolución del capitalismo y de los movimientos revolucionarios en el mundo no europeo; baste mencionar por el momento sus textos sobre los efectos de la revolución de 1905 en Asia y sus escritos, antes y durante la Primera Guerra Mundial, sobre la autodeterminación nacional en Europa y en las (semi)colonias extraeuropeas. No se trata en modo alguno de negar que hubo una evolución a este respecto en Lenin, que es indudable, sino de sostener que, lejos de presentarse como un corte brutal, adoptó la forma de un largo y progresivo *descentramiento revolucionario*.

Hay que hablar más concretamente de un *descentramiento del descentramiento* en la medida en que la Revolución rusa ya suponía de por sí un desplazamiento de la tradición revolucionaria occidental hacia el este, preparado, como escribe el historiador marxista caribeño C.L.R. James, por el incansable esfuerzo de Lenin por “traducir el marxismo en términos rusos para el pueblo ruso” (James, 1944; Renault, 2017).

**“Lenin [...]. Sabía que el ímpetu revolucionario ya había invadido toda Asia bajo dominación colonial y semicolonial”**

Desde este punto de vista, la llamada teoría del eslabón más débil –invención estalino-althusseriana que, sin embargo, no deja de inspirarse en los escritos de Lenin–, que explica los motivos por los que la revolución estalló en un *país atrasado* como Rusia, y no en el sector puntero del desarrollo capitalista, es decir, en Europa occidental, en el eslabón

más fuerte, constituye el apogeo de dicha des/relocalización de la teoría y de la práctica revolucionarias. En *El izquierdismo, enfermedad infantil del comunismo* (1920), Lenin cita las palabras, fechadas en 1902, de quien a sus ojos todavía no era un renegado, Karl Kautsky:

“El centro de la revolución se desplaza de Occidente a Oriente. [...] El nuevo siglo comienza con acontecimientos que nos hacen pensar que vamos a la cabeza de un nuevo desplazamiento del centro de la revolución, a saber: su desplazamiento hacia Rusia. [...] Rusia, que se ha nutrido tanto de la iniciativa revolucionaria de Occidente, está ahora quizá a punto de ofrecer a este una fuente de energía revolucionaria”.

De todos modos, Lenin no tardó en comprender que ese *viaje* no se detendría en las fronteras del mundo eslavo que contemplaba Kautsky. Sabía que el ímpetu revolucionario ya había invadido toda Asia bajo dominación colonial y semicolonial. En estas condiciones, la apuesta,

## 5. FUTURO ANTERIOR

después de 1917, no consistía únicamente en *retraducir* la revolución de los soviets para Occidente demostrando su *alcance internacional*, sino también en impulsar su exportación-aclimatación a Oriente. Pese a que, de sus primeros escritos hasta los últimos, Lenin no hubiera dejado de preconizar una europeización-desasiatización de Rusia, tanto de las prácticas y de las técnicas como de las mentalidades, cada vez era más consciente de la situación intermedia que le había tocado a su país, situado geográficamente, así como económica y políticamente, en la frontera entre Europa y Asia, y de las tareas de *mediación revolucionaria* que le incumbían por este hecho.

Alexander Herzen había escrito en otro tiempo: “Los europeos consideran que Rusia es Asia; los asiáticos, a su vez, consideran que Rusia es Europa”. Para Lenin era de importancia capital conjurar esta doble maldición para que unos y otros, europeos y asiáticos, se reconocieran en el devenir revolucionario de Rusia, centro, sin duda temporal, de la *revolución mundial* antiimperialista.

### **“Un imperio subalterno en un mundo eurocéntrico”**

Lenin no ignoraba, sin embargo, que la Rusia soviética no podía pretender ser la punta de lanza del antiimperialismo a escala mundial sin dar ejemplo, es decir, sin romper con su propio pasado imperial zarista. Porque se olvida demasiado a menudo que en 1917 los bolcheviques heredaron, quisieran o no, un imperio inmenso, aunque fuera un imperio atrasado o, para retomar libremente la feliz fórmula de Viacheslav Morózov, un “imperio subalterno en un mundo eurocéntrico” (Morózov, 2014). Rusia era el eslabón más débil no solo de la gran cadena del capitalismo, sino también, e inseparablemente, del sistema imperial mundial, lo que le otorgaba el privilegio no solo de ser la primera en “realizar la dictadura del proletariado y fundar la República de los Soviets”, sino también de desencadenar una lucha anticolonial mundial que alcanzaría su paroxismo al término de la Segunda Guerra Mundial.

El imperio ruso, en plena descomposición, era por tanto el teatro original, el primer *terreno de experimentación*. Las minorías nacionales que poblaban la periferia (occidental, meridional y oriental) de Rusia habían sido doblegadas durante demasiado tiempo bajo el yugo del zarismo; esperaban impacientemente su liberación, o liberarse ellas mismas si el poder soviético ponía trabas.

Entre ellas, las minorías musulmanas de Rusia, divididas en grupos nacionales con historias y culturas profundamente heterogéneas: los tártaros del Volga y de Crimea, los baskirios, caucasianos del norte y azeríes, incorporados hacía más o menos tiempo al imperio y más o menos rusificados, sin olvidar a los musulmanes de Asia central, el Turkeistán ruso, conquistado y anexionado en la segunda mitad del siglo XIX y sometido a un régimen colonial en el sentido más estricto. Su-

mando alrededor de 16 millones en vísperas de la Revolución de 1917, la población musulmana representaba en aquel entonces no menos del 10% de la población total del imperio ruso. Sería absurdo pretender que este Oriente interior ocupaba en la geopolítica de Lenin un lugar tan importante como el centro del país, o siquiera que sus periferias occidentales (Ucrania, Polonia, Finlandia), pero Lenin demostró en repetidas ocasiones que era plenamente consciente de los desafíos, singulares e inéditos, que planteaba la emancipación nacional de los musulmanes rusos en relación con la tarea de *desimperializar* Rusia y

**“... la población musulmana representaba en aquel entonces no menos del 10% de la población total del imperio ruso”**

exportar la revolución a Asia y a Oriente Medio, así como de los peligros que encerraba esta emancipación desde el punto de vista de las estrategias de consolidación, por no decir de supervivencia, del régimen soviético. En este libro se exploran las relaciones de Lenin —marcadas, como veremos, por una ambivalencia constituti-

va— con lo que todavía no se había convenido en llamar la *cuestión musulmana* en el interior de las fronteras del (ex)imperio ruso, antes y después de 1917.

### **El alcance decolonizador de la revolución**

“Lenin decolonial”: el título de la presente introducción, es una provocación; quienquiera que esté más o menos familiarizado con las perspectivas teóricas decoloniales, tanto si se adhiere a ellas como si las rechaza, volverá a cerrar sin duda este libro confortado en la idea de que no se puede encontrar en Lenin, ni en los bolcheviques en general, ninguna traza de algún deseo de *ruptura-desconexión*, política o epistémica, con Occidente como tal. Nada nuevo bajo el sol.

Sin embargo, para nosotros el quid de la cuestión no es este, sino el hecho de desplazar los términos mismos del debate marxismo contra pensamiento decolonial, y ello en un doble sentido: en primer lugar, partiendo de la premisa de que el descentramiento constitutivo de la Revolución de 1917, reflejado en la evolución de la geofilosofía leniniana de la historia, impide concebir las políticas soviéticas en el Oriente ruso en los términos de una alternativa binaria entre Europa (occidental) y las sociedades extraeuropeas, y obliga a situarse de entrada, por así decirlo, en su límite; en segundo lugar, en el sentido en que la combinación, las convergencias y divergencias, las alianzas y conflictos, en un contexto revolucionario, entre una lucha social *mayor-mayoritaria* (para el comunismo) en el centro, y una multiplicidad de *luchas nacionales-anticoloniales menores-minoritarias* en la periferia,

## 5. FUTURO ANTERIOR

planteaban problemas de una complejidad insospechada, que en general se soslayan demasiado a la ligera subordinando el análisis de las segundas a los envites suscitados por la primera, o a la inversa en los casos en que exigen ser tratadas en pie de igualdad con todas sus tensiones y contradicciones.

No obstante, ¿por qué centrar el presente estudio en Lenin? ¿Por qué no, por ejemplo, en Stalin, que en calidad de comisario del pueblo para las nacionalidades de 1917 a 1923 fue incontestablemente el principal responsable de la aplicación, tortuosa, de la *política nacional* soviética en los confines del (ex)imperio? ¿Por qué no —otra alternativa— en los comunistas musulmanes con los que nos cruzaremos en repetidas ocasiones, que se esforzaron de entrada por *nacionalizar la revolución* y por proceder a su traducción para los pueblos oprimidos-colonizados? La razón es muy sencilla y remite directamente a lo que acabamos de decir: se trata de no evitar ninguna dificultad y de interrogar el *alcance decolonial*, en un sentido deliberadamente (re)abierto, de la revolución soviética en el apogeo de su desarrollo, léase de intransigencia, teórico y estratégico. Queramos o no, felicitémonos por ello o deplorémoslo, hoy día todavía es Lenin quien, osemos la palabra, *personifica* el espíritu de la Revolución de 1917 antes de su liquidación por Stalin. Él es quien sigue encarnando las inmensas esperanzas que hizo brotar, al igual que las desilusiones que suscitó desde comienzos de la década de 1920. El hecho de que hoy por hoy no exista ninguna monografía, en cualquier lengua, sobre la Revolución de 1917 en el Oriente soviético *vista a través de los ojos de Lenin* nos ha confortado aún más en la elección de esta perspectiva.

Comprendamos bien que la tarea que nos espera no puede limitarse, como ha sucedido demasiado a menudo, a exponer *in vacuo las grandes tesis y posiciones de Lenin sobre la autodeterminación nacional y la revolución en Oriente*, a establecer, para mejor celebrarla, la fuerza incontestable y la coherencia *teóricas*, olvidando alegremente que no podían dejar de ser puestas a prueba, de forma concreta e inmediata, en el interior de las fronteras del propio (ex)imperio ruso. Estas tesis exigen reinsertarse en la historia de las peripecias, casi cotidianas, de la expansión del proceso revolucionario en la Rusia musulmana, recordando a buen entendedor que las consideraciones *políticas* de Lenin sobre el “derecho de las naciones a disponer de sí mismas” son, tanto si él lo hubiera reconocido como si no en función de las coyunturas, indisolubles de problemáticas económicas y militares que vienen a desestabilizar su implacable geometría.

Aquí como en otras partes, al menos con respecto al periodo pos-1917, la estrategia teórica, esencialmente polémica, de Lenin debe confrontarse constantemente con su *práctica* de la revolución en el sentido más prosaico, en la urgencia de los problemas y de las crisis que tenía que resolver el poder soviético, y esto sin caer, no obstante, en el escollo

inverso, también demasiado corriente, consistente en sostener que la revolución efectiva fue la negación permanente de la doctrina y de los principios definidos antes de 1917, a los que, por esta misma razón, sería inútil remitirse, a menos que sea para encontrar en ellos los gérmenes del autoritarismo bolchevique.

Con este fin, es preciso evitar imponerse una jerarquía preestablecida, cualquiera que sea, entre los *grandes discursos* de Lenin (obras, folletos, informes presentados en los congresos del partido y de la Internacional Comunista u otros) y sus *discursos menores* (artículos de circunstancia, correspondencia, telegramas, instrucciones y órdenes diversas). El descentramiento de la mirada hacia las periferias orientales de Rusia exige correlativamente zarandear el panteón de los grandes protagonistas, y a menudo adversarios de Lenin, eclipsar a algunos de los más ilustres entre ellos para colocar en primer plano a actores habitualmente considerados secundarios, o incluso casi desconocidos, como Ajmet Zeki Validov, Turar Ryskulov, M.N. Roy, Gueorgui Safarov y algunos otros.

Este no es un libro de historia en sentido disciplinario, utiliza pocos documentos de archivo y su fuente principal son, más convencionalmente imposible, los 45 tomos de las Obras de Lenin en francés. Pero tampoco es un ensayo puramente teórico, ni tampoco una contribución propiamente dicha a la historia de las ideas políticas, pese a que los dos primeros capítulos, considerados aisladamente, encajan todavía en este género. La manera más adecuada de resumir el estilo de este trabajo en su globalidad consiste sin duda en describirlo como una investigación, fundamentalmente inacabada, sobre la *fuerza de las ideas en la historia* y sus limitaciones.

Esperamos, finalmente, que a pesar del abismo que nos separa —no solo en el tiempo, un siglo ya, sino también política y culturalmente— de la experiencia revolucionaria soviética, esta retrospectiva pueda alimentar asimismo, modestamente, las reflexiones de los movimientos y organizaciones de la izquierda radical —por lo menos de aquellas que no han condenado a 1917 a la mazmorra— sobre sus propias relaciones con las luchas autónomas de las minorías no blancas, en Francia y otras partes, cuyo impulso parece irresistible.

A aquellas y aquellos de cualquier obediencia que persisten en creer, pese a las lecciones de la historia, que el comunismo advendrá tras una gran insurrección interracial o de una *convergencia* espontánea de las luchas que erradicará, como por arte de magia, las relaciones de poder poscoloniales y raciales-nacionales, por muy asentadas que estén, y *sin que ni siquiera haya habido que pensarlas*, este libro querría darles un desmentido contundente. Pero no inventamos nada: este desmentido es el mismo que opuso Lenin a aquellas y aquellos cuyo chovinismo se ocultaba bajo el paraviento del internacionalismo más *puro*, la mentalidad imperial-colonial tras la máscara del comunismo. ¿Hasta qué

## 5. FUTURO ANTERIOR

punto llegó Lenin en la tarea, que sabía imperiosa, pero hartamente peligrosa, de decolonización de la propia revolución? Esta es la cuestión a la que intenta responder este libro.

*Matthieu Renault* es filósofo, especializado en los estudios poscoloniales

Traducción: **viento sur**

### Referencias

Althusser, L. (1996) “Contradiction et surdétermination (Notes pour une recherche)”, *Pour Marx*, París, La Découverte.

James, C.L.R. (1993) “The Americanization of Bolshevism”, en Anna Grimshaw y Keith Hart (dir.), *American Civilization*, Cambridge/Oxford, Blackwell.

Lih, L.T. (2012) *Lenin: Une biographie*. París: Les Prairies ordinaires.

Malaparte, C. (1932) *Le Bonhomme Lenin*. París: Grasset.

Morózov, V. (2014) *Russia's Postcolonial Identity: A Subaltern Empire in a Eurocentric World*. Basingtoke: Palgrave MacMillan.

Renault, M. (2017) “Traduire le marxisme dans le monde non-occidental: Lenin contre les populistes”, *Période*, 13 de abril, revueperiode.net.

Service, R. (2012) *Lenin*. París: Perrin.